

*RAFAEL GUIZADO*

# *S C H E R Z O*

*(DIALOGO DE LA ESTATUA)*



*SUPLEMENTO DE LA "REVISTA DE LAS INDIAS"*

*Número 6.*

**Visite: [www.museartes.net/guizado](http://www.museartes.net/guizado)**

## S C H E R Z O

### (DIALOGO DE LA ESTATUA)

*Hubo cuatro oradores; el primero elogió la obra política, el segundo la social, el tercero la vida pública, el cuarto las ideas centrales que dominaron las actividades del hombre. Se oyeron después sonas de marchas, voces militares de mando, trotar de soldados. Y la comitiva y el público se alejaron del parque. El hombre quedó solo en su estatua. Miraba al frente porque, gracias al capricho del escultor, sólo al frente podía mirar; pero había un árbol frondoso que le ocultaba el panorama. Estaba dentro de su traje más usado, el de ceremonia; pocos días antes de morir, había encargado uno nuevo; se lo entregaron cuando los médicos habían perdido la esperanza de salvarle la vida. Y por esa fútil casualidad, le habían inmortalizado con el vestido viejo. Miraba al frente, irrevocable y fijamente; pero, como un ciego, sentía la vida a su alrededor, presurosa y diaria. ¡Ah, él la conocía muy bien! La había gozado durante años. Y ahora la veía correr, sin tocarla, sin dirigirla, sin torcer su cauce.*

*Desde el inmenso dominio de su misma esencia, la tierra contemplaba al hombre hecho estatua. Ella, en su vestido de parque, es el escenario de este diálogo. Ella, madre de todas las cosas, es uno de los personajes.*

*La tierra.*—Te han dejado solo.

*El hombre.*—Qué agradable sensación; hacía mucho tiempo que no lo estaba.

*La tierra.*—Ahora vendrán a mirarte las gentes curiosas...

*El hombre.*—Estoy acostumbrado; durante muchos años esa fue una de las más importantes ocupaciones de mi vida.

*La tierra.*—Yo también quiero verte así despacio, como en realidad eres: siempre ibas y venías sobre mí, con prisa, con una molesta intranquilidad. Parecía que sólo te encontrabas a tu gusto cuando te alejabas hacia la altura y creías tenerme bajo tu dominio.

*El hombre.*—No digas eso...

*La tierra.*—¡Cuántas veces te oí hablar de mí! En las plazas públicas, ante las multitudes, te mostrabas como mi más tierno amigo; en los consejos de gobierno querías ser mi explotador; ante las academias te presentabas como el atento observador de mis bellezas. Y nunca me habías visto, hasta ahora. Me estás descubriendo; te asombras porque soy simple, llana y dura, cuando tú me creías complicada y sinuosa.

*El hombre.*—Exageras...

*La tierra.*—No te incomodes. Ya sé; estás tan poco acostumbrado a que te hablen en este tono y a no ser tú mismo el tema principal de una conversación... Pero debes habituarte; en adelante, estarás ahí, quieto, impotente, inmóvil. Y serás el impaciente testigo de las cosas que se hacen sin tu intervención, contra tu voluntad.

*El hombre.*—¡Por qué ese martirio?

*La tierra.*—Es la venganza de los demás hombres.

*El hombre.*—Siempre quise hacerles bien.

*La tierra.*—Deja ese tono de circunstancia. A mí no podrás engañarme. Las veces que he temblado, no ha sido por voluntad tuya.

*El hombre.*—Eres cruel.

*La tierra.*—Soy justa. Como tú, todos los grandes hombres de todos los países han venido a dialogar conmigo al final de su vida, y cada uno de ellos llega seguro de su importancia. Pero, cálla, alguien se acerca.

*(Dos jóvenes enamorados vienen a contemplar la estatua.)*

*El.*—Se parece mucho, ¿no es cierto?

*Ella.*—No lo conocí.

*El.*—Lo vi en varias ocasiones. Una vez estuve muy cerca de él y me saludó cordialmente, quitándose el sombrero; era muy educado.

*Ella.* ¿Quién lo hizo?

*El.*—Un joven escultor de talento. Le encomendaron la obra por influencias de su tío, el político.

*Ella.*—Estuve en la ceremonia de la inauguración. Qué discursos tan largos... Pero cuántos militares, todos elegantes, con lujosos uniformes... ¡Y las señoras! Había una con un sombrero adorable.

*El.*—Qué bonito está el parque.

*Ella.*—Delicioso. Sentémonos en ese banco, ¿quieres?

*El.*—Sí.

*Ella.*—No lo contemples más. Recuerda que estoy a tu lado.

*El.*—Qué tonta eres.

*Ella.*—Talvez es mejor sentarnos allá, a su espalda.

*El.*—¡Por qué!

*Ella.*—Porque...

*El.*—¿No quieres besarme en su presencia?

*Ella.*—¿Qué idea! Toma (*lo besa*), para lo que importa... (*Los enamorados se sientan en el banco situado a espaldas de la estatua.*)

*La tierra.*—Oíste?

*El hombre.*—Sí. Hablaron de mí.

*La tierra.*—Y ya te olvidaron; ahora gozan con su amor y con mi parque.

*El hombre.*—Nuestro parque... Si no hubiera sido por mí, no lo habrían hecho.

*La tierra.*—Quizás tengas razón. Quienes hermosan mi rostro no son los que admiran la belleza sino los que me explotan... Tú mismo...

*El hombre.*—Basta, basta. Eres injusta; las veces que estuve largo tiempo de pie sobre tu cuerpo, fue en las inauguraciones de las obras que habían de darte lustre.

*La tierra.*—Entonces, ¿por qué hacías colocar en ellas placas con tu nombre?

*El hombre.*—Eres insoportable.

*La tierra.*—Piensa tus palabras. Soy yo, quien te soporta. Pero no te preocupes; ahora, con tu vestido de metal, eres más ligero que antes. (*Pausa.*)

*El hombre.*—No puedo contemplarte. Me han fijado los ojos a una altura absurda. Pero te siento verde y morena, y hasta mí llega tu olor eterno, hecho de todos los olores. Es verdad: ahora te descubro. Me entran locos deseos de palparte. Nunca te tuve en mis manos. Yo fui un hombre condenado a sentir las cosas a través de los guantes de cuero que ahora se han transformado en manoplas férreas.

*La tierra.*—¿Ahora? Entonces... ¿aquella mano de hierro de que hablaban tus admiradores?

*El hombre.*—Era dura pero ágil. Se movía contra el viento para enmarcar mis palabras, y golpeaba, firmaba, exigía, ordenaba inflexible y segura. No la tomes a burla. Guió el destino de un pueblo y su índice señaló la ruta de un porvenir grato.

*La tierra.*—Todavía crees en ti. ¿Qué hubiera sido de esa mano sin las mil manos que estuvieron siempre detrás de ella, sosteniéndola? Se alzaron ante la tuya, pero venían de un contacto estrecho y cálido conmigo, y porque volvieron a mí, nunca vieron los torcidos giros de tu diestra y tu siniestra, que se debatían en torvas encrucijadas de engaños.

*El hombre.*—Quieres hacerme aparecer peor de lo que soy.

*La tierra.*—Quiero que te olvides de lo que fuiste, y seas lo que ahora eres.

*(Se acercan dos campesinos.)*

*Campeño.*—Aquí está.

*Campeña.*—Exacto, exacto. El mismo retrato que tenemos.

*Campeño.*—Merecía la estatua.

*Campeña.*—Quitate el sombrero.

*Campeño.*—¡Lástima de hombre! Hace tanta falta.

*Campeña.*—¿Te acuerdas cuando estuvo en nuestro pueblo?

*Campeño.*—Oía nuestras quejas y nuestros deseos, y sonreía...

*Campeña.*—No pises los prados, están tan lindos...

*Campeño.*—Pero mira aquéllos, los han destrozado.

*Campeña.*—Fueron los señores de la inauguración.

*Campeño.*—¿Te acuerdas del abrazo que le dio al señor cura?

*Campeña.*—Y cuando le extendió la mano a Matías...

*Campeño.*—Que la tenía sucia de barro; acababa de sembrar las papas...

*Campeña.*—Era tan bueno...

*Campeño.*—Decía que a toda hora nos pensaba.

*Campeña.*—Y nos prometió...

*Campeño.*—El hospital...

*Campeña.*—Que no pudo hacer...

*Campeño.*—El acueducto...

*Campeña.*—No han empezado los trabajos...

*Campeño.*—Pero si no hubiera muerto...

*Campeña.*—Ah, sí; si no hubiera muerto...

*(Los campesinos se van alejando.)*

*La tierra.*—¿Qué dices ahora?

*El hombre.*—Nada.

*La tierra.*—Esos tenían fe en ti. Son tus amigos.

*El hombre.*—No, los tuyos. Oían a tierra. Venían de ti, y a ti vuelven. Matías me tendió una mano sucia de barro.

*La tierra.*—¿Sucia?

*El hombre.*—Perdona. Llena de tierra y de agua.

*La tierra.*—Les prometiste...

*El hombre.*—Cállate; todas mis promesas fueron sinceras.

*La tierra.*—Es verdad.

*El hombre.*—Como promesas.

*La tierra.*—Eso pensaba yo. *(Pausa.)*

*El hombre.*—El viento me golpea la cara.

*La tierra.*—Ha sido tu mejor amigo...

*El hombre.*—¿Por qué?

*La tierra.*—Ha barrido recuerdos ingratos.

*El hombre.*—No me hables más así; no quiero disgustos contigo.

*La tierra.*—Está bien.

*El hombre.*—Me parece que tengo oídos nuevos; antes sólo percibía ruidos, ahora descubro murmullos y susurros.

*La tierra.*—Al cabo de setenta años...

*El hombre.*—La vida es más simple de lo que yo imaginaba. Ahora la veo de cerca; llega hasta mí en oleadas de calor, y en vuelta en risas...

*La tierra.*—¿Crees acaso que te han colocado ahí para que dejes de ser lo que fuiste? Tienes la misión de un símbolo; eres ejemplo, guía, ruta y meta. Guarda tu seriedad; por algo el escultor borró de tu rostro la placidez de la muerte.

*El hombre.*—Cada cual piensa en sí mismo, en sus fáciles problemas y en sus motivos de alegría. Las cosas grandes son estas cosas pequeñas.

*La tierra.*—Ten cuidado.

*El hombre.*—Veo planear las hojas de los árboles arrancadas por el viento.

*La tierra.*—Una de tus preocupaciones de gobernante fue la tala de bosques; por eso nunca se castigó a quienes desobedecieron tu mandato.

*El hombre.*—Escúcha, escúcha con atención; aquel hombre se dirige a su casa silbando, y despreocupado; va contento, contento...

*La tierra.*—Es un recaudador de impuestos.

*El hombre.*—;Imposible!

*La tierra.*—Hace unos minutos, embargaba los bienes de una viuda.

*El hombre.*—Pero sonrío.

*La tierra.*—Se ha olvidado de su oficio.

*El hombre.*—Me saluda.

*La tierra.*—Te agradece que le hubieras dado un cargo ingrato.

*El hombre.*—Déjame olvidarlo.

*La tierra.*—¿Tan pronto? No, no. Sería demasiado fácil. Si aún resuenan en tus oídos los elogios que te brindaron cuatro oradores fogosos.

*El hombre.*—Me doy ahora cuenta de que el ritmo de la vida es más lento de lo que yo creía.

*La tierra.*—¡Ah! Ya era tiempo.

*El hombre.*—;Tánta prisa en los estudios de gobierno!

*La tierra.*—Y no habían hecho este parque...

*El hombre.*—;Tánta discusión sobre problemas y decisiones!

*La tierra.*—Y hay partes de mi cuerpo que se queman de sed...

*El hombre.*—Tánto barajar nombres en las nóminas de pagaduría...

*La tierra.*—El tuyo estuvo inscrito en ellas durante cincuenta años...

*El hombre.*—Tángo brote de ambiciones...

*La tierra.*—Y el sol sale siempre a la misma hora.

*El hombre.*—Para todo tienes pronta respuesta.

*La tierra.*—Esa fue una de tus más brillantes cualidades.

(Pausa. Dos políticos se acercan.)

*El primero.*—Ahora sí podemos verlo...

*El segundo.*—Hubiera sido imprudente venir durante la ceremonia.

*El primero.*—Nos lo habrían criticado.

*El segundo.*—Tú lo combatiste implacablemente.

*El primero.*—Y tú.

*El segundo.*—Tenía admirables dotes y tremendos defectos.

*El primero.*—Era rencoroso.

*El segundo.*—Era sectario.

*El primero.*—Era implacable.

*El segundo.*—Y voluble.

*El primero.*—Tiene aquí su gesto desdeñoso.

*El segundo.*—Tú le debes un favor...

*El primero.*—No, no. Se lo pagué oportunamente, con un silencio.

*El segundo.*—Por mí nunca hizo nada...

*El primero.*—Te dio beligerancia. Sin él, no habrías figurado en la primera página de los diarios.

*El segundo.*—Todos estamos ligados a él por la amistad o por el rencor.

*El primero.*—Sus mejores años de lucha fueron nuestros más grandes días de triunfo.

*El segundo.*—Pero él siempre vencía.

*El primero.*—Sin derrotarnos.

*El segundo.*—No le convenía; necesitaba de nosotros para tener con quién discutir y para demostrar su fuerza.

*El primero.*—Y gracias a él, tu nombre y el mío figuraron en las listas de los elegidos.

*El segundo.*—Fue un gran adversario.

*El primero.*—Leal.

*El segundo.*—Gallardo.

*El primero.*—Caballeroso.

*El segundo.*—Genial.

*El primero.*—Le han hecho un bello parque.

*El segundo.*—¿Cuánto costaría?

*El primero.*—¿Quién fue el contratista?

*El segundo.*—Hay que averiguar; temo que...

*El primero.*—Ah, es muy posible, es muy posible... toda la familia tiene que usufructuar... Qué inmortalidad.

*El segundo.*—Vamos (Salen.)

*El hombre.*—Qué asco.

*La tierra.*—¿Recuerdas lo que decían cuando empezabas tu vida pública? Tu primer triunfo fue el ataque descontrolado contra un adversario impotente.

*El hombre.*—¿Por qué escogieron esta hora? La tarde es plácida. No es propicia para cosas tan sórdidas.

*La tierra.*—Un día como hoy, y en el mismo momento, reuniste en tu oficina a quienes debían figurar en tu más espectacular golpe político.

*El hombre.*—¿No me dejarán nunca tranquilo?

*La tierra.*—Nunca. Ya empiezan a conocerte.

*El hombre.*—Es tarde.

*La tierra.*—Si tú no supiste de ellos, de los hombres, mientras los gobernaste.

*El hombre.*—Recuerda al segundo orador: “Tuvo una genial intuición para conocer y valorar a sus conciudadanos”.

*La tierra.*—Pensaba en los favores que había recibido de ti.

*El hombre.*—Te complaces en destruir mis méritos.

*La tierra.*—El secreto de tu vida consistió en ocultar tu ignorancia de las cosas. Fuiste audaz porque no sabías ser equitativo.

*El hombre.*—No me hagas pensar.

*La tierra.*—Es un viejo hábito que no podrás dejar de un momento para otro.

*El hombre.*—Siento la noche que viene sobre mí, como un abrigo.

*La tierra.*—La luz es escasa.

*El hombre.*—Eres buena, aunque tratas de aparecerme inelmente. Estoy apoyado en ti y siento firme el pedestal de esta gloria nueva. Debiéramos empezar la vida por su fin; yo descendería de este hierro fijo, más humano y más consciente; me confundiría entre esa despreocupada multitud que tanto sabe y en tan pocos momentos me interesó. Y llegaría a mi juventud cargado de pesares transformados en ilusiones. El amor al poder excluye los otros amores. Durante cincuenta años, las flores no fueron flores, para mí, sino obsequios interesados; los regalos, compromisos; los triunfos, venganzas; las luchas, odios, y porque iba olvidándome del valor de la belleza, del valor de las cosas pequeñas, fui convirtiéndome en un ser rudo, distante, enigmático. Era mi aprendizaje de estatua.

*La tierra.*—Entonces... ¿no estás satisfecho?

*El hombre.*—Cómo estarlo, si ahora descubro que dejé de ser hombre mucho antes de morir. Mis amigos y mis enemigos eran solamente mis auxiliares o mis adversarios. A nadie le interesaba

el estado de mi salud, el ritmo de mi corazón, el color de mis vestidos, la abundancia de mi sangre. Ellos se interponían entre mi espíritu y las cosas. Las mujeres no querían intimidarme con su belleza sino conquistarme con su sumisión. Quizás tengas razón cuando dices que nunca quise acercarme a mi pueblo; ¿pero él, consintió alguna vez en mostrármese como es, simple, alegre, despreocupado e ingenioso. No; ante mí llegaba en vestido de parada; las aglomeraciones de aparente desorden obedecían a un plan estudiado; los vivas eran mecánicos; los gritos aprendidos; los desfiles marciales y los discursos... ¡ha!, no hablemos de los discursos estando tan recientes los cuatro de hoy. Y pensar que dentro de un año habrá peregrinación, milicia, banda de guerra y oradores... ¡En qué estado quedarán tus prados!

*La tierra.*—Trato de descubrir en tu voz el origen de tu acento. ¿Eres realmente sincero? ¿O todavía guardas cierto orgullo de toda esa solemnidad inútil que acabas de recordar?

*El hombre.*—Pero si ya es de noche. Nadie vendrá a verme a estas horas. Estamos solos tú y yo. Los campesinos van camino de su pueblo y los novios se han refugiado en el cinematógrafo. Es la primera vez que veo la noche.

*La tierra.*—¿Fuiste tan amigo de la luz...!

*El hombre.*—Porque era mi rival. Como ella, yo no tuve afectos singulares ni placeres sencillos. Penetraba en todas partes por la impertinencia de mi fortaleza; nunca di un abrazo sin pensar en el fotógrafo, ni sentí un dolor que no fuera oficial. Ignoraba la acogida de la sombra, porque no supe el valor de la confianza.

*La tierra.*—Qué humano te has vuelto.

*El hombre.*—Es que me pesa este cuerpo de bronce...

*La tierra.*—Pero si hacías gala de llevar la gloria como una carga leve...

*El hombre.*—Bah, frase de circunstancias. Todo en mi existencia ha sido eso; gesto y sonrisa; desprecio y serenidad; mando y visión. No pude llegar hasta la carcajada; oculté la inquietud; desconocí la obediencia. No masqué aspirina para aliviar una jaqueca, porque debía complacer la vanidad del médico. Tú te quejas de los martirios a que te somete la pala mecánica; del abandono en que te deja el gobernante, de la avaricia con que te tortura el minero; ¿pero sabes acaso lo que es la ausencia de soledad? ¿Has pensado alguna vez en la eterna pesadez de la frase hechón? ¿En la vacua petulancia del diplomático, en la grotesca suficiencia del estadista?

*La tierra.*—Te estás retrando.

*El hombre.*—Lo sé, lo sé. Pero nadie descubre los propios defectos, sino los ajenos. Y además, ¿fui alguna vez yo mismo? ¿No

tuve que observar a través de mil ojos, decidir con el criterio de cien cabezas, gobernar con mil manos? Y todos: cabezas, manos y ojos se reflejaban sobre mí como en un espejo, para que fuera uno mismo el estilo, uno solo el pensamiento, idéntica la visión. Así, mi imagen se multiplicaba hasta el punto de ser la misma cuando recibía el castigo; cuando impartía justicia y cuando infringía la ley. A fuerza de imponerme sobre los demás hombres, logré que todos se parecieran a mí.

*La tierra.*—¿Todavía crees eso?

*El hombre.*—No, ya no. He sufrido un risible desengaño; desde hace un momento, todos se quitaron la careta... hasta yo pero sin embargo no me dejau tranquilo; ya lo has visto. Me acosan, me miran, me insultan, se escudan tras de mí. Felizmente hay noches y hay sombras. Y estás tú. Ya no me olvidarán. Me han clavado aquí, no como una bandera, sino como un hito. Necesitaban este bronce para hacer historia, como si no bastara el *Diario Oficial*. ¡Oh, Dios mío, como no se les ocurra fijarme en sellos de correo...!

*(La tierra sonríe discretamente. Y desde arriba, la luna hace otro tanto.)*

FIN